

26. Nubes negras

Las mujeres presas en Saturrarán tuvieron la suerte de que en la ruleta de los juicios rápidos no les tocó *la metralleta*, solo prisión permanente; sin embargo, su sufrimiento era inhumano en forma de castigos, tortura y palizas a cargo de las monjas carcelarias, aún cuando la Pantera Blanca había sido exiliada por exceso de celo. El hambre, el frío, la humedad, la falta de higiene y la mala alimentación hicieron el resto, algunas salieron con vida pero con poca salud. Eran mujeres consideradas extremadamente rebeldes y peligrosas para el nuevo orden de España.

La definición del psiquiatra Vallejo Nájera de los republicanos como *imbéciles sociales que no deben tener hijos y, si los tuvieran que se les separe* no auspiciaba nada bueno a las reclusas con niños que habitaban el edificio del antiguo hotel Astigarraga. Era increíble que semejante casona hubiera albergado a la flor y nata de la aristocracia hacía pocos años. Qué cerca estaban aquellos desorbitados lujos de inicio de siglo.

Rosa sonrió con desdén mientras movía la cuchara buscando una lenteja en el caldo marrón de la cena.

—¿Qué ocurre Rosa? —preguntó retadora la hermana vigilante del comedor.

—Eso le pregunto a usted, hermana. ¿Dónde están las lentejas? —Todas sabían que, a pesar de la

ausencia de la instigadora, las monjas continuaban traficando con la comida, y la ocurrencia de Rosa fue vitoreada.

La llevaron de inmediato a la celda de castigo, donde debería pasar un mes, a pesar de que su hijo, Ricardito, no tenía buena salud.

La epidemia de tifus y la escasez de leche condensada, principal alimento infantil muy demandado en el mercado negro de los hábitos blancos, hicieron estragos entre los niños.

De nada sirvieron los especiales cuidados de Amalia y todas las reclusas del pabellón, Ricardito y cuatro niños más fallecieron en poco más de una semana. Fue el buen capellán quien suplicó el levantamiento del castigo a Rosa y quien le comunicó lo sucedido.

Curtida en mil batallas vio morir a su padre, hermanos y marido, ahora se había ido su único hijo. Apoyada en la pared se fue dejando resbalar hasta quedar sentada en el suelo, lloraba sin ruido, abrazada por Amalia y rodeada por sus compañeras, de entre ellas se abrió paso la entonces superiora y, a título de consuelo, dijo:

—Ha sido la voluntad del Señor.

Rosa levantó la mirada con ira, lo mismo hizo Amalia y todas las presas reunidas. Asustada, dio unos pasos atrás, cogió el Rosario que colgaba de su cintura, junto a la llave de la celda de castigo, lo puso en su boca y echó a correr sintiéndose culpable. Lo era.

La epidemia causó más muertos de lo esperado, de manera que esa noche no hubo suficientes cajas de madera, había que esperar al día siguiente, cuando viniera el enterrador con su carro tirado por un burro a llevarse los fallecidos y traer más

féretros. Rosa quiso pasar la noche con su hijo en brazos en la habitación que hacía de tanatorio, no le movía la tristeza, que era infinita, sino su determinación de evitar que las ratas mordieran al niño indefenso.

Estaba agotada y a punto de desvanecerse, pero llegó su insustituible amiga Amalia, se había escapado, dejando a Lucas al cuidado de sus compañeras y corriendo un gran riesgo. A Rosa se le iluminaron los ojos.

Ricardito se empezaba a hinchar.

—Vamos a darle un entierro digno —dijo su madre con mucha entereza.

—¿Dónde?

—Aquí, en el patio trasero. Es lo único que ha conocido y donde ha jugado. ¡El pobre! —Rosa hizo una mueca forzada de sonrisa.

—Tienes razón. Vamos.

No se oía un alma, serían las tres de la mañana cuando lograron salir al patio por la ventana. Con un trozo de cristal de botella y un plato metálico, en silencio, cavaron entre las dos una pequeña fosa junto a las rocas, más que suficiente para el niño. Lo enterraron con su toquilla y una medallita que llevaba su madre.

De vuelta a la sala tanatorio, y para que no se percataran de la ausencia de Ricardito, abrieron una cajita de madera donde habían colocado dos cadáveres infantiles. Sacaron uno de ellos y la volvieron a cerrar. Envolvieron el cuerpo inerte en la manta que tuvo el hijo de Rosa y lo dejaron encima de la mesa de mármol. Las brujas blancas no eran capaces de distinguir a un niño de otro, nunca lo supieron. Ese día marcaría a las dos amigas para siempre.

Por la mañana, después de hacer el recuento de las reclusas, cantar el *Cara al Sol* y desayunar, acompañaron hasta la entrada del recinto al carro del enterrador, que llevaba a los muertos al cementerio de Motrico. Supuestamente entre los fallecidos iba Ricardito, el hijo de Rosa. Allí se despidieron de la fúnebre comitiva. Las dos amigas volvieron rápido sobre sus pasos, arrancaron unas flores con sus raíces y las trasplantaron al lugar del patio trasero, junto al muro de roca, donde siempre habría flores a partir de entonces.

Rosa se abrazó largo rato a su cómplice y amiga con la sensación de haber burlado en parte a sus carceleras. Ya no tenían más lágrimas, solo enormes ojeras negras. Recogió su petate del pabellón de madres y la trasladaron al antiguo *Gran Hotel*, entonces destartalada prisión de mujeres, el hacinamiento era aún mayor.

Ese mismo día, a la hora de la cena, dos falangistas de la Sección Femenina cuchichearon con la hermana encargada del comedor en la misma puerta.

—Amalia. Prepárate. Os trasladan a ti y a tu hijo. Coge tu petate y vete con ellas —le ordenó la monja.

—Pero... ¿A dónde nos llevan? —preguntó temerosa.

—A callar. Tú haz lo que te ordeno si no quieres seguir a tu amiga —amenazó con su habitual crueldad.

Tenía pocas cosas que recoger, abrigó a Lucas y se despidió de otras pocas amigas, las demás estaban en ese momento con sus hijos o cenando. Fue todo muy rápido. No podía imaginar ni remotamente que Antxon, Mentxu y un tal Paco la esperaban para intentar llevárselos, a ella y a Lucas.

Las falangistas se fueron después de ver cumplida su orden y una monja la acompañó hacia el puesto

de guardia. Se perdieron en la noche camino a la entrada del recinto penitenciario. Miró hacia el pabellón donde estaba Rosa mandándole su adiós.

—¿A dónde nos llevan? —insistió en preguntar horrorizada. Su carcelera no se dignó a responder, tampoco lo sabía, tan solo la empujó un poco para que acelerara el paso.

La desolación cundió en el pabellón de las madres con niños. Primero había sido la epidemia de tifus con la muerte de cinco niños en una semana y el traslado de sus madres y ahora se llevaban a Amalia y a Lucas. Enormes nubarrones envolvían la prisión de madres e hijos.

Amaneció el nuevo día con peores presagios, una descarga de fusilería retumbó en el valle. Todos sabían identificar el siniestro ruido, había sido el fusilamiento de un grupo, tal vez algunos huidos, o soldados republicanos, o hasta podría haber sido una falsa alarma y eran unas prácticas..., pero la hora y la fusilería no engañaban a nadie. Rosa temió lo peor para su amiga.

Dos días más tarde unas nubes negras tapaban el cielo de Saturrarán negándole la luz de la mañana, tan pronto llovía con rabia inusitada queriendo romper las tejas de la prisión como se hacía un siniestro silencio para escuchar la réplica de las olas al romper con fuerza en los penachos oscuros de su playa. El aire y el agua, el cielo y el mar, rivalizaban cabreados advirtiéndole de la tragedia que se cernía sobre las encarceladas.

Cuatro religiosas mercedarias entraron en la sala donde desayunaban las madres con sus hijos para reforzar a las dos monjas que las vigilaban. Fuera, cobijados contra la pared y bajo el alero, aguardaba una patrulla de soldados.

—Atención todas —ordenó la superiora—. Van a venir las sanitarias para vacunar a los niños de más de tres años. Dejad a vuestros hijos con las hermanas y venid con nosotras, iremos a los talleres del pabellón, al otro lado del río, para hacer labores, cantar y escritura.

Hacía varias jornadas que la hermana Teresa no aparecía, su ausencia era muy sentida entre las reclusas. Era una mujer joven y dulce en su mirada y ademanes, la única sonrisa bajo las tocas blancas, le costaba ser imperativa y jamás fue violenta con ellas, solo cumplía las órdenes de la superiora, suavizándolas. Sospechaban que se prestaba a intermediar correos en los momentos de más aislamiento o a olvidarse de algún mendrugo de pan en las celdas de castigo. Su ausencia, como el tiempo amenazador y el pelotón de soldados afuera, que no habían visto todavía, auspiciaba la jornada más trágica de Saturrarán, que la haría eternamente famosa.

Las mujeres, inquietas y a regañadientes, pero sin protestar por las consecuencias que ello tendría, dejaron a sus hijos en una habitación contigua más reducida, donde las monjas de refuerzo los atendían. Cuatro peluches de trapo movidos por manos inexpertas intentaban evitar que los llantos se propagaran entre todos. Los niños, más sensibles e intuitivos, se resistían a desprenderse de sus madres, agarrando con sus manitas las faldas y hasta clavando sus uñas en la carne flácida de caras y brazos, y rechazando con rabia las manos que salían por las anchas mangas de los hábitos blancos.

En fila de a tres, las reclusas corrieron bajo la intensa lluvia siguiendo a la religiosa que encabezaba el grupo. El agua caía implacable sobre la mancha oscura de la bandada y hacía cada vez más denso

el barro que, como garras que salieran del fango, intentaban retener a cada una de las mujeres advirtiéndoles para que no se alejaran. Detrás, a cierta distancia, las seguían los soldados como si no fueran con ellas. Las llevaron al edificio más alejado, al otro lado, junto al monte.

En unas mesas alargadas las sentaron y les dieron un papel rayado y un lápiz corto y usado varias veces.

—Y ahora, vamos a escribir una carta a Su Excelencia el Generalísimo para agradecerle su magnanimidad por alimentarnos y cuidarnos cada día. Las mejores cartas tendrán un premio y serán publicadas en nuestra revista nacional.

Las mujerucas con la cabeza y ropa mojadas miraban a sus carceleras extrañadas. Una quiso levantarse y recibió un golpe de arriba a abajo en su hombro derecho que la clavó al banco.

Nadie se atrevió a protestar, pero era evidente que muchas no sabían ni coger el lápiz, lo hacían apretándolo con la mano como si fuera un tenedor. Tampoco estaba Sor Teresa para tranquilizarlas.

—Y la que no sepa escribir, que pinte —ordenó la monja que llevaba la voz cantante, sintiendo las dudas que expresaban los rostros interrogantes. Algunas chuparon la punta del lápiz y con mucha aplicación empezaron a rotular el encabezamiento, casi tumbadas sobre el papel.

Mientras tanto un autobús militar verde oscuro avanzaba por el patio de la prisión intentando evitar los grandes charcos de agua. El vehículo era alto y ruidoso, tenía el morro saliente y levantado un lateral del motor de donde salía una humareda blanca. Dentro asomaban curiosas las caras de otras monjas, esta vez Teresianas, que junto a un

grupo de voluntarias del Auxilio Social miraban expectantes el panorama de la cárcel. El autocar paró en la misma puerta del pabellón de las madres reclusas.

Venían con instrucciones claras, dos se quedaron en el coche y el resto entraron rápidas en el edificio, precedidas por la superiora. Hicieron un pasillo y, vigilantes, fueron llevando a todos los niños de la sala al bus. A unos hubo que soltarles los dedos engarzados a una silla, otros intentaron correr contra la pared, los pocos que tenían un peluche lo abrazaron como si fueran a salvarlo, algunos daban patadas al aire y a las monjas que les apretaban aún más el brazo; los más, acostumbrados y resignados, se abandonaban a su suerte y se dejaban llevar sumisos. Lloraban contagiados, unos con ruido, otros sin lágrimas, pero todos intuían que les estaban alejando de sus madres a la fuerza.

Con las caritas pegadas al cristal mojado con sus lágrimas, los niños llamaban a sus madres con mil nombres, sujetados por fuertes manos de adultos que creían cumplir con *el deber de la Patria* y por *el bien de los niños*. Se acataba de este modo el publicado principio nacional de *privar a los padres rojos de educar a sus hijos para combatir la propensión degenerativa de los muchachos criados en ambientes republicanos, pudiendo cambiar los nombres en el registro civil para evitar dejar rastro*. Los niños serían después tutelados por personas irreprochables en el sentido religioso, ético y nacional, o en una institución pública.

Al tiempo que la barrera del recinto carcelario se levantaba, dejando pasar el autobús repleto de hijos de republicanos ahogados en lágrimas y sin voz

para gritar ni una vez más el nombre de sus madres, una monja mercedaria anunciaba a las mujeres, que garabateaban en el edificio más alejado, que podían ya volver a sus estancias.

Había dejado de llover, aunque la oscuridad persistía. Salieron como habían ido, en fila de a tres, escoltadas por las monjas y seguidas, ahora más cerca, por el pelotón de soldados. Las presas miraban su edificio a lo lejos, y como si estuviera en llamas, sin saber por qué, aceleraron el paso, luego empezaron a trotar a ratos, superando a las monjas que intentaban detenerlas y, finalmente, echaron a correr despavoridas intuyendo una catástrofe. Hasta los soldados tenían dificultades para alcanzarlas y sus ¡alto! no tuvieron respuesta, las religiosas, sin resuello, apenas podían respirar mientras intentaban alcanzar al grupo, que ya había llegado al pabellón.

La sala, donde una hora antes dejaron a sus hijos, estaba vacía. Algunas sillas caídas, unas chaquetitas olvidadas, un peluche con botones distintos en los ojos mirando con asombro, y el desorden total daban pistas de lo ocurrido. El grupo de madres interrogantes aguardó en el cuarto esperando una explicación. Se sentía la desesperación contenida.

Llegaron las monjas retrasadas a las que se unieron otras mujeres de la Sección Femenina. La superiora, haciendo un esfuerzo evidente, tomó la palabra.

—Por esta vez no os tendré en cuenta la espantada —concedió.

—¿Dónde están nuestros hijos? —reclamó una presa y se oyó un rumor.

—Los niños estarán muy bien cuidados y en las mejores manos. Ya no sufrirán más las penurias a las que vosotras les habíais condenado.

—Pero, ¿qué habéis hecho a nuestros hijos? —el clamor unánime, se iba transformando en gritos e insultos, en castellano, euskera, catalán y gallego.

—Os digo que ahora estarán mucho mejor, en familias honestas y religiosas que se ocuparán de su educación. Deberíais estar agradecidas por el amor y cuidados que van a recibir por fin.

La monja acabó la frase chillando por el ruido que iba *in crescendo* en la sala. Corrió como la pólvora el grito: *Han secuestrado a nuestros hijos*. Y se inició una escena de locura colectiva. Algunas mujeres intentaban agredir a las religiosas, que se defendían con frases como *es por su bien* o *Dios así lo quiere*, otras se tiraban de los pelos gritando el nombre de su hijo, los soldados, ya avisados, irrumpieron y a golpes de culatazos separaron a las agresoras, a las que sin perdón llevaron a las celdas de castigo, muchas madres lloraban acurrucadas en el suelo, apoyadas en la pared, alguna intentaba autolesionarse habiendo perdido el sentido. Al rato, el grupo de madres se calló sin dejar de llorar, abrazadas unas a otras, protegiendo a las más desorientadas y sabedoras de su impotencia. El valle entero y los pueblos de alrededor escucharon los alaridos de dolor y luego el silencio más expresivo.

Todo el recinto carcelario, presas y carceleros supieron lo ocurrido y Rosa se alegró porque Amalia, si todavía estaba viva, se había librado de la espeluznante amputación afectiva.